

ESPACIOS DE ACCIÓN E INTERMEDIACIÓN
DE UNA ÉLITE LETRADA EN COSTA RICA (1900-1925)

Carlos Francisco Monge

1. INTRODUCCIÓN

El propósito de este capítulo es analizar la confluencia, las interrelaciones y los efectos entre las actividades de una élite letrada, de unos editores y del sector de impresores en Costa Rica que se manifestaron durante los primeros dos decenios del siglo XX. Tales relaciones pudieron haber influido en la práctica de las ideas de la cultura y de la literatura, y al mismo tiempo en sus procedimientos y modalidades de circulación. Los estudios contemporáneos sobre los sistemas literarios hacen hincapié en distinguir las interrelaciones entre los *autores* (productores), las *obras* (mensajes o productos), los *lectores* (consumidores) y el *mercado* (canales de difusión), en un *entorno institucional* (el contexto)¹. Por razones de método, de objetivos y de intereses, la historiografía literaria tradicional costarricense no se ha ocupado con detenimiento en esos factores de manera integral ni comprensiva, si bien hay avances en aproximaciones históricas y sociológicas que han aportado datos y oportunas reflexiones². Para ello, nos detendremos en una élite letrada nacional, cuya actividad literaria se concentró entre 1900 y 1925, se relacionó directamente con unos proyectos editoriales —en particular con revistas sobre cultura, arte y literatura— de ese período, y mediante relaciones de reciprocidad y cooperación, estimuló una parte de la actividad comercial de la industria de la impresión.

Por tratarse de una etapa de singular repercusión, nos centramos en el primer cuarto del siglo pasado, cuando concurrieron particulares factores en la formación de la que sería la literatura nacional moderna. Entre 1900 y 1925 no faltaron en el ambiente de las élites letradas los debates políticos sobre lo que era y debía ser la nación costarricense, sobre sus recursos y condiciones para su acoplamiento al progreso y la civilización, desde

¹ Se tienen en cuenta los principios esenciales de la «teoría de los polisistemas», según la conceptualización formulada por Itamar Even-Zohar; vid., entre sus numerosos trabajos, «Factores y dependencias en la cultura. Una revisión de la teoría de los polisistemas» y «La posición de la literatura traducida en el polisistema literario», en M. Iglesias Santos, ed., *Teoría de los polisistemas* (Madrid: Arco Libros, 1999); pp.23-52 y 223-231.

² Los estudios historiográficos, con una perspectiva histórico-social, de Álvaro Quesada Soto, sobresalen entre los trabajos sobre la literatura costarricense de los últimos tres decenios. Vid. *La formación de la narrativa nacional costarricense* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1986), *La voz desgarrada* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1988) y el manual *Breve historia de la literatura costarricense* (San José: Editorial Costa Rica, 2008).

su escaso territorio y no menos escasas fuerzas políticas³. Se forjaron proyectos y mitos en torno a una identidad nacional, en la que la índole y el rango de su acervo artístico y literario fueron temas concurrentes. También fue época de episodios de inestabilidad política y de inseguridades de diversa traza. Una primera generación de esa élite letrada, varios de cuyos integrantes contaban con cierto nivel de alcurnia, alternó y convivió con una generación más joven, algo más discutidora. Ambas llegaron a afrontar problemas similares y comunes: su pertinencia como grupos intelectuales en la pequeña nación que se debatía entre las fuerzas externas que la compulsionaban a ciertas transformaciones y la necesidad de adoptar corrientes de pensamiento y de acción más acordes con la época. ¿Qué se puede colegir de sus proyectos, tanto individuales como colectivos, en su condición de grupos de intelectuales y escritores?; ¿a cuáles medios y en qué condiciones tuvieron que acudir para instalarse y sobrevivir institucionalmente en aquel contexto?; en fin, ¿pudieron actuar por su cuenta o les fue necesario acudir a otros agentes, a modo de «mecenas», para darles sostenibilidad a sus empresas intelectuales?

2. UNA ÉLITE LETRADA ESCINDIDA

Ya en el atardecer del siglo XIX, la vieja oligarquía cafetalera estaba por claudicar ante la consolidación de un Estado liberal. Se llegaba a ciertas prácticas políticas a las que se añadiría la influencia del positivismo como pensamiento y como práctica. Esa realimentada oligarquía empezó a delinear imágenes y proyectos hacia una idea de civilización, para lanzar a la nación hacia las utopías del progreso, hecha discurso mediante la educación.

Aquel sector adueñado del poder político tuvo a su sombra compañera a una élite letrada compuesta por intelectuales, en envoltura de periodistas y escritores, cercanos a las esferas del poder, por afinidades directas de parentesco o porque formasen parte de la escolta de funcionarios, asesores, abogados o escribientes de la administración. A

³ Sobre diversos asuntos de la historia social y política de Costa Rica, pueden consultarse, entre las obras básicas, estas: José Luis Vega Carballo, *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense* (San José: Editorial Porvenir, 1983); Orlando Salazar, *El apogeo de la república liberal en Costa Rica* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1990); Gerardo Morales, *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica* (Heredia: Editorial Universidad Nacional, 1993); Iván Molina y Steven Palmer, *Historia de Costa Rica* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1997); Héctor Pérez Brignoli, *Breve historia contemporánea de Costa Rica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997); Iván Molina Jiménez, *Costarricense por dicha: identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 2002).

principios del siglo XX se la fue asociando «al Olimpo literario», así conocida desde entonces en la historiografía literaria costarricense⁴. Fue una generación de intelectuales nacidos hacia 1860, gestada en la década de 1880, cuya vigencia se consolidó hacia finales del siglo XIX y la primera década del siguiente: Manuel de Jesús Jiménez, Justo A. Facio, Jenaro Cardona, Manuel González Zeledón, Carlos Gagini, Aquileo J. Echeverría, Ricardo Fernández Guardia; novelistas, poetas, cronistas, periodistas; alguno, como Jiménez, hijo de un expresidente, candidato también a la silla de gobierno y hermano de quien sería presidente de la república, Ricardo Jiménez. De la nómina anterior, varios ocuparon cargos de gobierno: secretarios de Estado (ministros), congresistas, diplomáticos, cónsules, directores de instituciones (Biblioteca Nacional, Escuela Normal de Costa Rica), y muchos asalariados del Estado como maestros y profesores.

Una generación posterior, de nacidos hacia 1875, se gestó en las postrimerías del siglo. Su actividad intelectual y literaria se fijó a partir del primer lustro del nuevo siglo. Más numerosa en cuanto a nombres, están entre ellos Roberto Brenes Mesén, Rafael Ángel Troyo, Leonidas Briceño, Fabio Baudrit, José María Zeledón, María Fernández Le Capellain (de Tinoco: así firmaba), Claudio González Rucavado, Joaquín García Monge, Rómulo Tovar, José Fabio Garnier, Carmen Lyra, Omar Dengo y Rogelio Sotela. Muestran un similar estatus social a los «del Olimpo»: abogados, profesores de Estado, periodistas, diplomáticos, ministros, diputados, directores de instituciones públicas (Escuela Normal de Costa Rica, Liceo de Costa Rica, Biblioteca Nacional), incluso con vínculos directos de parentesco con altos funcionarios, como el caso de Fernández de Tinoco, hija del prócer de la educación Mauro Fernández y esposa de quien fue presidente de la República, Federico Tinoco⁵.

⁴ La expresión «Olimpo literario», atribuida a algunos de sus integrantes, aparece por primera vez en el periódico *El Heraldo de Costa Rica*, en los números del 2 y del 4 de setiembre de 1900, en el contexto de la polémica sobre el nacionalismo en la literatura, cuya primera etapa había surgido en 1894. No obstante ello, los historiadores extienden el concepto a un orden más bien sociológico; en palabras de Molina y Palmer, fue «un círculo de políticos e intelectuales de orientación reformista. El propósito principal que compartían era modernizar el Estado y la sociedad, y fueron conocidos como “el Olimpo”, debido a la arrogancia con que impulsaron sus reformas liberales en el decenio de 1880», vid. Molina y Palmer, *Historia de Costa Rica*, ed. cit., p. 69. Es muy aclarador el estudio de Álvaro Quesada «Identidad nacional y literatura nacional en Costa Rica: la generación del Olimpo», en *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* XVII, 34 (1992): 97-113.

⁵ A ese segundo grupo la historiografía literaria más reciente le ha dado el nombre de «generación del Repertorio [Americano]». Álvaro Quesada Soto le dedicó valiosas páginas en su *Breve historia de la literatura costarricense*, denominación que también emplean Flora Ovaes y Margarita Rojas en *Cien años de literatura costarricense* (San José: Farben/Norma, 1991), *passim*.

Las historias literarias y sobre la actividad editorial en Costa Rica muestran que de esta élite letrada brotó la mayor parte de la literatura costarricense del primer cuarto del siglo XX, y con ella el predominio de un canon establecido por el mismo grupo. En ocasiones a esta élite —en sus dos generaciones— se la ha tomado como «de los clásicos» costarricenses. Muestras de ello son la «Colección Nuestros Clásicos», creada por la Editorial Costa Rica en la década de 1970, y la «Colección 40 aniversario», en la que se incluyeron también obras de «clásicos» y de otros autores más recientes⁶. Tal «clasicismo» —establecido *a posteriori*, naturalmente— no solo tuvo que ver con su notoriedad efectiva durante aquel período; también con el modo como se insertaron tanto en el mercado editorial como en el ejercicio de escribir. La condición de *escritor* se amplió con otras actividades: la integración en asociaciones culturales (los ateneos, las academias, los centros de estudios), la labor de editores, directores de revistas y de periódicos, la crítica y la promoción de literatura, el profesorado en institutos o escuelas universitarias.

Atenidos al catálogo de sus principales publicaciones, la «generación del Olimpo» desarrolló lo más importante de su actividad literaria entre 1895 y 1920. En esos mismos términos, la singladura de la generación «del Repertorio» empezó en 1900 y su vigencia se extendió hasta principios de la década de 1930. Esto indica que convivieron durante los primeros dos decenios del siglo XX, se relacionaron y si no llegaron a formar un colectivo trabado y coherente, a veces trazaron en conjunto tareas y proyectos comunes: fijar y garantizar su propia condición de intelectuales, especialmente como escritores, fomentar espacios para que ello fuese posible y ejercer tareas afines al ejercicio literario propiamente dicho, como críticos, como promotores, como editores, como ideólogos de la cultura⁷.

¿Cuáles pudieron haber sido los procedimientos a los que acudió este conjunto de intelectuales para forjar su capital de bienes simbólicos y consolidar su propio imaginario,

⁶ También fue llamativa la denominación de otra colección, de pequeño formato, en la que la Editorial Costa Rica publicó obras relativamente breves de narrativa y de poesía, de autores «clásicos» y de contemporáneos: *Colección La Propia*, en palpable alusión al homónimo relato de Manuel González Zeledón, uno de los más célebres suyos. Hay que tener en mente que el más importante galardón que concede el Estado costarricense a un ciudadano tiene por nombre el «Magón» (acrónimo con el que se conocía a González Zeledón).

⁷ Entendamos aquí como *ideólogo de la cultura* a quien procedente de un sector del poder político, o afín a este, desarrolla y sistematiza, para sí mismo y pronto para una colectividad, principios, conceptos y argumentaciones, que postula como las más indicadas, oportunas y necesarias, y como atributos que se le otorgan —a priori o a posteriori— a una formación social. Como es de suponer, no es un sistema de pensamiento (una ideología) propio, sino resultante de la localización —en su sentido casi lingüístico— de tradiciones o corrientes de pensamiento consideradas dignas de su cultivo en esa comunidad (región, país, sector social, grupo de interés, etc.), y como intento de un proceso histórico de «civilización», progreso, actualización o cambio.

en aquella sociedad letrada costarricense de entonces? Uno de ellos, la forja de una identidad de grupo. Aquella élite letrada fundó en 1907 el *Ateneo de Costa Rica*, y pocos años después una revista con la que buscaron dejar constancia de su institucionalización en la cultura letrada costarricense, los *Anales del Ateneo de Costa Rica*. El número 157 de ese año de *Páginas Ilustradas* se lo dedicó a aquella nueva asociación, para lo cual incluyó sus estatutos. Entre sus primeros integrantes figuraron Justo A. Facio, Anastasio Alfaro, Joaquín García Monge, Ernesto Martín, Tomás Povedano (pintor) y Antonio Zambrana⁸. Con el tiempo, la nómina se amplió considerablemente, como consta en la entrega de 1912 de los *Anales*, una suerte de encuentro familiar entre las generaciones «del Olimpo» y la «del Repertorio». Un decenio después, varios de todo el grupo fundarían e integrarían otra corporación de considerable peso simbólico y cultural: la Academia Costarricense de la Lengua⁹. Fueron ellos Alejandro Alvarado Quirós, Anastasio Alfaro, José María Alfaro Cooper, Fabio Baudrit, Roberto Brenes Mesén, Justo A. Facio, Ricardo Fernández Guardia, Joaquín García Monge, Cleto González Víquez, Ernesto Martín, Gregorio Martín, Napoleón Quesada y Guillermo Vargas Calvo. Poco después, y como secretario de la revista *Athenea* (que sustituyó los *Anales*) está Rogelio Sotela, otro de los cofundadores de la Academia Costarricense de la Lengua.

En sus obras de creación, en sus artículos periodísticos y en los primeros esbozos de una crítica literaria, ese grupo desempeñó una particular labor en los procesos de circulación de la literatura nacional. En aquella polémica sobre el nacionalismo en la literatura costarricense (1894 y 1900)¹⁰, no solo se discutieron asuntos sobre lo que podría aceptarse como lo literario (un discurso, unos asuntos, una interpretación del mundo), sino además su estatus y reconocimiento en el propio entorno costarricense: qué cabía escribir como propio (lo que identifica a la nación) y qué papel podría desempeñar en la conciencia de lo nacional¹¹. Casi de inmediato, algunos hicieron las de editores y

⁸ Vid. «Estatutos del Ateneo de Costa Rica», en *Páginas Ilustradas* IV, 157 (1907): 2516-2517. En el número 144 aparece una carta, fechada el 3 de mayo de 1907, en la que Justo A. Facio proponía «fundar y organizar una asociación literaria con el nombre simbólico de Ateneo Hispano-Americano de Costa Rica» (p. 2302).

⁹ Para una historia de la Academia Costarricense de la Lengua, vid. www.acl.ac.cr

¹⁰ Un buen epítome sobre esta interesante polémica es el de Alberto Segura Montero, ed. *La polémica: el nacionalismo en literatura* (San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 1995), en el que se recogen todos los artículos que aparecieron en la prensa durante aquel período.

¹¹ En rigor, aquella no fue la primera polémica, si bien la más notable y concurrida. También provocó discrepancias y reproches la *Lira costarricense*, preparada por Máximo Fernández, la primera antología literaria publicada en Costa Rica en 1890. A esa primera empresa le dedico un análisis en «Las primeras antologías literarias costarricenses: la institucionalización del canon y

divulgadores; otros, incluso de críticos literarios, como José Fabio Garnier, Justo A. Facio o Rogelio Sotela, o teóricos, como Brenes Mesén¹². Pero la labor más eficaz en el proceso de circulación de las letras nacionales se fortaleció con las revistas de cultura, arte y literatura, a las que se sumaron proyectos editoriales específicos, las series o colecciones de literatura.

3. LA ACCIÓN DE LAS REVISTAS DE CULTURA, LITERATURA Y ARTE

En 1892 Justo A. Facio escribía: «Las revistas representan el espíritu moderno: en el concierto de las democracias hay espacio honroso para todas las que traigan un mérito, una idea civilizadora que presentar en su abono; y así vemos todos los días cruzarse en opuestas direcciones revistas de artes, revistas de ciencias, de literatura, de industrias, de agricultura, de comercio, de ingeniería... ¡de todo! Por alguna consideración especial, sin duda, todos aquellos que necesitan servirse de la producción escogen de preferencia este simpático agente de publicidad. Es que la perspicacia moderna ha descubierto que la revista, por su composición sui generis, posee una fuerza de atracción de que carecen otras publicaciones que, por la simplicidad concisa de su contenido poco variado, no pueden satisfacer las necesidades del espíritu moderno, el cual desea información rápida y compleja; pero no tan rápida como la de la hoja volante, ni tan compleja como la del libro docto. La revista llena a maravilla esas dos condiciones: he allí el secreto de su triunfo»¹³. Aspiración reveladora que adoptó la generación «del Olimpo» —la de Facio— cuyos integrantes desarrollaron su carrera literaria durante los primeros dos decenios del siglo XX, en buena medida desde las revistas. Ante la escasez de casas editoriales hubieron de acudir a los talleres de imprenta, uno estatal o los privados: la Tipografía Nacional (luego Imprenta Nacional), la Imprenta de Alfredo Greñas, la de María v. de Lines, la Imprenta Alsina, la de Falcó y Borrásé, entre otras¹⁴. También se valieron de los espacios de las

sus relecturas», trabajo que también forma parte del proyecto de investigación mencionado en la nota 1.

¹² José Fabio Garnier publicó un conjunto de monografías, bajo el título general de «Literatura patria», que apareció en *Anales del Ateneo de Costa Rica* II, 4 (1913), obra pionera de historiografía de la literatura costarricense de la época. Roberto Brenes Mesén es el autor del breve estudio *Las categorías literarias* (1923), considerado hasta hoy día como la primera incursión hispanoamericana hacia una teoría literaria. Facio escribió una «Carta literaria», publicada en *Athenea* II, 7 (1918): 432-444. Años después, Rogelio Sotela emprendió un notable trabajo antológico para fijar lo que ya se formulaba como un canon de las letras nacionales: *Valores literarios de Costa Rica* (1920), *Escritores y poetas de Costa Rica* (1923), *Literatura costarricense* (1927).

¹³ Justo A. Facio, «La Revista Ilustrada de Nueva York», *Revista de Costa Rica* I, 3 (1892): 145-146.

¹⁴Vid. Iván Molina Jiménez, «De las imprentas a las editoriales: el caso de Costa Rica (1906-1989)», *Dialogos (revista electrónica de historia)* XXII, 2 (2021).

revistas fundadas en esa época: *Pandemonium*, *Páginas Ilustradas*, *Renovación* o *Athenea*. Algunos llegaron a colaborar, como asesores o como directores, en los primeros años de ellas, como Gagini, Fernández Guardia y Facio. Escritores más jóvenes emprendieron análogas aventuras editoriales: *Vida y verdad* (1904), revista ácrata que llevaron adelante Brenes Mesén y García Monge; José María Zeledón codirigió *Renovación* (1911), también de orientación ácrata; más adelante García Monge creó la *Colección Ariel* y la serie *El Convivio*, antes de lanzar su gran empresa del *Repertorio Americano*. *Selenia* (1910) y *Athenea* las crearon jóvenes poetas de estirpe modernista como Luis Dobles Segreda, Gonzalo Sánchez Bonilla y Rogelio Sotela.

Desde etapas tempranas en la historia de la literatura costarricense, las relaciones entre la actividad del escritor y la de las revistas no fue unidireccional. El más visible agente social fue la élite letrada; sus medios de difusión, los periódicos y revistas; como recursos materiales, los talleres de imprenta. Añádase a esto el valor simbólico que significó para cada uno de ellos: el status social de quien escribía, especialmente literatura; la institucionalidad de las revistas, que sumaron a su función de medio de divulgación su condición de objeto, destinado a la librería o al anaquel de la oficina o la biblioteca privada (y, además, coleccionable); finalmente, la labor del taller de imprenta, de cuyas prensas no solo brotaron tarjetas, invitaciones, carteles o volantes sino también periódicos, revistas y libros; todo, según el imaginario de la época, para difundir los mejores hitos de la cultura y el progreso.

En aquella etapa de la literatura costarricense del siglo XX, las revistas culturales desempeñaron el papel de difusoras de ideas, conceptos y programas, en los variados campos de las letras, los saberes científicos y filosóficos, la imaginación creativa con voluntad estética, la interpretación de la historia. Los debates sobre arte, cultura y nación brotaron en una época que requería definiciones, direccionalidad y propuestas. La oligarquía liberal, evolucionada hacia una burguesía más pragmática, dejó en manos de la élite letrada la misión de formular una «cultura nacional»¹⁵. La paulatina pero sostenida

<http://dx.doi.org/10.15517/dre.v22i2.45605>. El estudio de Mijail Mondol, «Más allá de la literatura nacional: circulación literaria y actividad editorial en los periódicos costarricenses del siglo XIX», capítulo de este tomo, desarrolla como aspecto central la industria y los efectos de la impresión en Costa Rica, entre la primera imprenta (1830) y las que llegaron después, hasta 1870.

¹⁵ Entre la bibliografía, ya abundante sobre ese asunto, cabe referir a algunos títulos importantes al respecto. Entre ellos: Orlando Salazar, *El apogeo de la República liberal en Costa Rica*, ed. cit.; Gerardo Morales, *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica*, ed. cit.; Iván Molina, *El que quiera divertirse: libros y sociedad en Costa Rica*, ed. cit.; Jorge Mario Salazar, *Crisis liberal y Estado reformista* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1995); Patricia

aparición de revistas corresponde a un proyecto de nación asociado a la nueva etapa de modernización, a la que la terminología de la época prefirió aludir como «civilización». Vista de manera integral, la que parecería una tríada puede mejor plantearse como un círculo —o un circuito— en el que giran tres componentes: escritores, editores de revistas y la industria de la impresión. (***)

Las revistas se establecieron conforme a ciertas consignas y proyectos concretos, visibles en prospectos y otras declaraciones. *Pandemonium* la fundaron Juan B. Arrillaga Roqué y J. A. Lomónaco en 1902, y quienes les encomendaron su dirección a Ernesto Martín y a Ricardo Fernández Guardia; poco después estuvo a cargo de Carlos Gagini (los tres de la generación «del Olimpo»), Leonidas Briceño, Ovidio Marichal y Raúl Piñeres¹⁶; después, en una segunda etapa (1913-1915) la orientación de la revista fue notablemente distinta, con nuevos dueños y otros directores. Se fijaron tres propósitos: (a) crear una revista, como alternativa a los periódicos convencionales; (b) dedicarla literalmente a la *res pública*, a todo lo que atañese a un país que estaba por afrontar los desafíos del nuevo siglo; y (c) darles espacio a las plumas nacionales. En su primer número de octubre de 1902 se presentó como

[...] una recopilación mensual de noticias y acontecimientos notables en la República, que merezcan ser consignados en una forma más estable que la que proporciona nuestro periodismo de combate. Pero el noble propósito que anima a *Pandemonium* no puede reducirse a tan estrecho cometido. Más alta idea, más amplio horizonte abarca la fundación de este libro-revista, cual es el de dotar al país de una publicación que sea órgano de los intereses generales de la República, así políticos como sociales, literarios, científicos, artísticos, económicos, etc., etc. Al efecto hemos solicitado, y aprovechamos la ocasión para solicitarla nuevamente, la

Fumero, *Teatro, público y Estado en San José* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1996) e Iván Molina, *Costarricense por dicha* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 2002).

¹⁶ Briceño, por edad, pertenece a la generación «del Repertorio»; además, fue uno de los adversarios de Fernández Guardia, en la polémica de 1900 sobre el nacionalismo en la literatura. En el número del 15 de enero de 1905 se abre con esta nota: «El nuevo programa», poco antes de cerrar su primera época. En ella vale la pena destacar algunas significativas líneas, donde se afirma que «cultiva buenas relaciones con todos los elementos que pueden contribuir a la realización de este programa, será campo neutral de disidencias personales y de opuestos criterios literarios. Unos y otros, todos a la vez y cada uno en su esfera de acción, llegarán a *Pandemonium* a depositar su contingente. De la colectividad de ideas nace la República, en la acepción suprema y universal de la palabra. La bandera de *Pandemonium* será la más hermosa de todas: la bandera blanca»; *Pandemonium* IV (1905): 1.

colaboración de todas aquellas personas que se interesan en el adelanto de esta hermosa región de Centro América [...] Réstanos ahora, al dar a la labor, enviar un respetuoso y cordial saludo a toda la prensa periodística de la República, batalladora noble y altiva, en la laboriosa tarea del progreso centroamericano. Bajo el amparo generoso de ella también colocamos a *Pandemonium*, que se siente honrado al solicitar humilde puesto en el periodismo costarricense¹⁷.

El tipo de prospecto como el de aquel primer número de *Pandemonium* fue lo habitual en las primeras entregas de las revistas de arte y cultura, que se sucedieron en los primeros decenios del nuevo siglo. Fue un modo de ofrecer un proyecto de cultura ideado y compuesto por una élite liberal, y un llamado a la colaboración de lectores y suscriptores para garantizar su subsistencia y viabilidad financiera. Se crearon revistas para acopiar los ideales forjados por diversos sectores de la élite letrada, en las que los debates sobre arte, sociedad, política y cultura corrían parejos con el pensamiento liberal y positivista sobre un proyecto de nación junto a las corrientes del anarquismo, adoptado por cierto bando «del Repertorio» (García Monge, Brenes Mesén, José María Zeledón, Omar Dengo) . En tal entorno se fundan *Pandemonium* (1902-1905 y 1913-1915), de «intereses generales, política, ciencia, literatura, artes, anuncios», *Páginas Ilustradas* (1904-1912), de «ciencias, artes y literatura», *Renovación* (1911-1919), de «sociología, arte y ciencia», *Anales del Ateneo de Costa Rica* (1912-1919) y *Athenea* (1917-1919), «revista literaria» y «órgano del Ateneo de Costa Rica».

Pandemonium y *Páginas Ilustradas* nacieron como empresas editoriales: un plan de acción con propósitos bien delineados, unas fuentes de financiación, unos procedimientos de trabajo. En el primer número de *Páginas Ilustradas*, su director-propietario declara que «el programa de mi nueva publicación, sin dejar de ser amplio, estará apartado de la política y de la religión. La estadística, la historia, la literatura y las bellas artes formarán la base de su desarrollo»¹⁸. En su segunda página aparecen los retratos del entonces presidente de la República (Ascensión Esquivel) y de parte de su gabinete, en el que está el escritor Manuel de Jesús Jiménez como Ministro de Hacienda. Más adelante, en la página 8, se inserta como texto inédito hasta entonces una primera sección de la comedia *Las cuatro y tres cuartos*, de Carlos Gagini y la partitura de una *Mazurca para piano* del puertorriqueño Eduardo Cuevas; la entrega se cierra con varias páginas de anunciantes: sastrerías, tintorerías, hoteles, zapaterías, talleres mecánicos,

¹⁷ *Pandemonium*, I, 1 (1902): 3 y 4.

¹⁸ *Páginas Ilustradas*, I, 1 (1904): 3.

farmacias y uno de llamativo interés: el de una librería, papelería e imprenta. Este ejemplo da cuenta de los aspectos principales que rodearon aquella inicial actividad editorial en Costa Rica: las relaciones con el poder político, la participación de una élite letrada, las relaciones con el empresariado comercial de la época. Ciertamente, la revista se vio compelida a modificar su gestión, ante visibles precariedades de consumo; no era posible depender solo de la venta directa. En el número del 19 de julio de 1906 *Páginas Ilustradas* publica una breve nota, «Nuestra reforma» en la que agradece el apoyo del Estado y al mismo tiempo le encomienda la tarea de gestión cultural al grupo de intelectuales, entonces ya destacados. «Cerca de tres años de labor constante —dice el comunicado—, aquí donde el público lector por lo reducido no puede sostener una empresa que como la nuestra necesita un centro verdaderamente populoso, creemos que bien merece la nobilísima recompensa con que *Páginas Ilustradas* se ve favorecida hoy por el Gobierno y por las generosas personas que, oyendo gustosas nuestras súplicas de ayudarnos en nuestras tareas, se echan sobre sus hombros la carga consiguiente al desempeño del cuerpo de redacción de esta revista. A ellas, pues, debemos la importante reforma que iniciamos en el presente número. Los caballeros que en lo sucesivo formarán la redacción de este semanario son bien conocidos en el campo de las ciencias unos, y de las letras, otros; garantía suficiente de que la revista será conducida por expertas manos»¹⁹.

En todos sus números, tanto *Pandemonium* como *Páginas Ilustradas* acogieron páginas de los contemporáneos; en sus primeros años la generación «del Olimpo»: Pío Víquez, Emilio Pacheco Cooper, Carlos Gagini, Justo A. Facio, Aquileo J. Echeverría, León Fernández Guardia, Anastasio Alfaro, y los primeros escritos de la generación siguiente: Lisímaco Chavarría, José María Zeledón, Claudio González Rucavado, Agustín Luján, Luis Dobles Segreda. Es palpable la voluntad editorial que tuvieron sus propietarios de promover las muestras de una literatura que entonces se tenía como naciente y cuyo cultivo era obligado estimular, en aras de la cultura. Además de las reseñas y comentarios —por lo general laudatorios— de obras de reciente publicación²⁰, hay que poner de relieve una estrategia relativamente novedosa de promover las letras costarricenses, que se emprendieron tanto en *Pandemonium* como en *Páginas Ilustradas*: la convocatoria a

¹⁹ «Nuestra reforma», *Páginas Ilustradas*, III, 105 (1906): 1670.

²⁰ Un ejemplo es el artículo de Guillermo Vargas Calvo referido al proyecto editorial apenas en ciernes que Joaquín García Monge acababa de poner en marcha, su «Colección Ariel». Vid. *Pandemonium*, VIII (1914): 290-293. Ya por su cuenta García Monge había expuesto su proyecto ocho años antes, en *Páginas Ilustradas* III, 110 (1906): 1772.

certámenes literarios (los «juegos florales», a la usanza de la antigüedad romana: los *ludi floreales*).

4. LA PROMOCIÓN LITERARIA MEDIANTE UNOS CERTÁMENES

El propósito de «fomentar el cultivo» de las artes llevó a los directores de *Pandemonium* a convocar en 1902 a un certamen literario, para el cual se designó como jurados a Carlos Gagini, a Guillermo Vargas, a Abraham Madrigal y a Francisco Llobet Bellido²¹. Tres años después, en su número del 10 de diciembre de 1905 (cuyo anuncio repite en el siguiente), *Páginas Ilustradas* publicó las bases de un «Certamen de Páginas Ilustradas»; a sus ganadores se les prometía la publicación de sus obras para composiciones en verso y prosa. Ante la acogida de aquella actividad, al año siguiente se abrió una segunda convocatoria, en el número del 22 de junio de 1906²². De más sustanciales consecuencias fue una nueva convocatoria, varios años después: la de setiembre de 1909. A ella concurrieron varios escritores que con el tiempo formarían parte de los escritores más connotados: Lisímaco Chavarría (con su poema «Palabras de la momia»), y Carlos Gagini (con el relato «A París»), a quienes se sumaron, con sendas menciones honoríficas, Manuel González Zeledón (por «La Propia») y Gonzalo Sánchez Bonilla (con «El pobre manco»)²³. Con los años, las obras premiadas de Gagini y de González Zeledón se convirtieron en referentes de la nueva narrativa de la época, en especial «La Propia», muestra del realismo costumbrista costarricense²⁴. El tribunal de literatura lo integraron José María Alfaro Cooper, Alberto Brenes Córdoba y Roberto Brenes Mesén; escritores y jurados pertenecientes a la élite letrada (dos de la generación «del Olimpo» y uno coetáneo a los galardonados, de la joven promoción intelectual). Actividades similares volvieron a llevarse a cabo en los años siguientes. En la segunda época de *Pandemonium*, en el número de agosto de 1915, se dio aviso de un «Concurso cultural de *Pandemonium*», para jóvenes de entre 14 y 20 años; las breves obras ganadoras se fueron publicando a lo largo del segundo semestre de aquel año. El Ateneo de Costa

²¹ «¡Léase, léase! Importantísimo: certamen literario», *Pandemonium* I, 2 (1902): 211.

²² Vid. *Páginas Ilustradas*, III, 100 (1906): 1600-1601.

²³ Peculiar situación que no debe pasarse por alto: el propio Lisímaco Chavarría formaba parte del comité editor de *Páginas Ilustradas*, pero las bases del concurso no impedían su participación, siempre que fuese bajo seudónimo en plica.

²⁴ El número de *Páginas Ilustradas* VII, 239-240 (1910) incluye las actas de los jurados y el texto de las obras premiadas.

Rica, mediante su revista *Athenea*, también abrió un certamen en 1918, en las ramas de estudio científico, novela, poesía y música, si bien con poco suceso²⁵.

Fuese por razones culturales o comerciales, los hermanos Calderón, propietarios de *Páginas Ilustradas*, o Arrillaga Roqué y Lomónaco, de *Pandemonium*, organizaron sus empresas para que unos y otros se beneficiasen: escritores (la élite letrada de la época), suscriptores y lectores en general (a quienes se les ofrecían las novedades literarias del momento) y a la misma entidad de la revista, que justificase su función social²⁶. Entre los anunciantes de *Páginas Ilustradas* hubo uno, particularmente significativo: la United Fruit Co., una compañía transnacional que ejercía fuerte control sobre el poder político costarricense, y que despertaba recelos de una parte de la intelectualidad costarricense. La United —la «Yunai» treinta años después, en la novela neorrealista de Fallas—, auspició una de las ramas de aquel concurso de 1909. El gobierno de la República, presidido por Cleto González Víquez, también aportó una importante cuota. Puede significar esto que la revista podía subsistir con las suscripciones, los anuncios comerciales, las donaciones de voluntarios y ocasionalmente, como en el caso referido, con dotaciones extraordinarias. Por los nombres de los costarricenses que ocuparon sus páginas, la revista sirvió a la élite, pero también se sirvió de ella; promovió a varios de los más conspicuos, y con sus nombres conservó un estatus social, como revista y como empresa. Pese a que su propietarios procuraron darle también una imagen internacionalista, «todo cuanto informa y da vida a la sociedad moderna en sus complejas manifestaciones»²⁷, su interés por los hitos nacionales no se deja pasar. En la entrega del 26 de mayo de 1907 aparece la siguiente gacetilla, titulada «Himno», firmada por Francisco Llobet Bellido:

Abierta a concurso público la nueva letra del Himno, resultó premiado por unanimidad el joven escritor y poeta nacional don José María Zeledón. La música inspirada y vibrante, se debe a un compositor del país que se llama D. C. [sic] Gutiérrez. El poeta Zeledón forma con Brenes Mesén, Aquileo Echeverría, Jenaro Cardona, González Rucavado, Briceño, Zúñiga Montúfar, Guillermo Vargas, Troyo, Luján, Lisímaco Chavarría, García Monge y

²⁵ Vid. *Athenea*, x, 3-4 (1917): 102; según *Athenea* xi, 6 (1917): 163, se recibieron varias obras concursantes, y se prometió para un número posterior los resultados de la convocatoria. En *Athenea*, xi, 7, 1 febrero 1918, p. 181, se declaró desierto el certamen.

²⁶ No obstante ello, Calderón sostuvo que «*Páginas Ilustradas* no ha sido ni es objeto de lucro por parte de las personas que en ella laboran con absoluto desprendimiento, y a esta circunstancia se debe en gran parte que haya vivido relativamente tanto tiempo, más que ninguna otra publicación de su índole, en Centroamérica, de que es único ejemplo hasta la fecha». Vid. *Páginas Ilustradas*, vii, 239-240 (1910): 2.

²⁷ *Páginas Ilustradas*, iv, 239-249 (1907): 2.

otros no menos distinguidos, la pléyade de jóvenes escritores que rinden con honor, generoso culto a las letras²⁸.

Simultáneamente, *Pandemonium* fue agente de promoción y distribución de la joven literatura costarricense de principios del siglo XX. En su primer número de 1903 su director la abre así:

Increíble parece que durante algunos años haya carecido de una revista literaria un país como el nuestro, donde no faltan ingenios ni afición a las artes. Siendo estas, digámoslo así, el termómetro de la cultura de un pueblo, el instrumento civilizador por excelencia, es preciso fomentar su cultivo y contribuir a su desarrollo²⁹.

Son algunos miembros de la élite letrada quienes se encargan sucesivamente de dirigir la revista, en tanto sus propietarios —salvo en algunas ocasiones cuando también escriben en ella— se conforman con su buena administración, que incluyó como estrategia procurar buenas relaciones con el poder político —es decir, el gobierno de la República—, en buena medida entre sus principales favorecedores³⁰. Fueron sus directores, en una primera etapa, primero Arrillaga Roqué y Lomónaco, después Víctor M. Cabrera, y posteriormente Carlos Gagini, Ricardo Fernández Guardia y Leonidas Briceño³¹. Escribieron en ella Justo A. Facio, Mauro Fernández, Cleto González Víquez, Emilio Pacheco Cooper, Fabio Baudrit, Guillermo Vargas Calvo, José Fabio Garnier, Daniel Ureña, Luis Dobles Segreda, Agustín Luján, Rafael Ángel Troyo, Carlos Gagini, Antonio Zambrana, Rogelio Sotela, José María Zeledón, Roberto Brenes Mesén, además de Fernández Guardia y Briceño. Como se ha señalado, varias de aquellas plumas también lo fueron de *Páginas Ilustradas*. También como una revista «ilustrada» se definió

²⁸ Vid. *Páginas Ilustradas*, IV,147 (1907): 2351. Más de tres decenios después, el propio Zeledón se refirió a aquellas estrofas para el himno nacional, con algunos datos de interés, en «Ecos de la celebración del Día de la Patria», *Repertorio Americano* XXXVII, 23 (1940): 365.

²⁹ Vid. *Pandemonium*, II, 5 (1903): 369.

³⁰ *Pandemonium* publica un número extraordinario el 1 de junio de 1903, en el que saluda al nuevo gobierno, el de Ascensión Esquivel. Incluye su retrato y de varios personajes de su gabinete: Ricardo Jiménez, Cleto González Víquez, Juan Bautista Quirós y Manuel de Jesús Jiménez. A modo de página editorial, se abre con unas páginas de Antonio Zambrana, «La transacción».

³¹ Téngase en mente que Fernández Guardia y Briceño fueron acérrimos contrincantes en la polémica sobre el nacionalismo literario, que apenas dos o tres años antes habían debatido en los periódicos de la época. Ver nota 4, de este mismo documento. La segunda etapa de *Pandemonium* la dirigieron, sucesivamente, Antonio Tiberio Cervilla, Francisco López de la Hoz y, finalmente, Ramón de Peón.

Pandemonium, en la que aparecen imágenes de variada índole: fotograbados de personajes, escenas urbanas o campestres, caricaturas, dibujos, viñetas. Como en *Páginas Ilustradas*, abundan en sus páginas iniciales los anuncios comerciales, variados en sus destinatarios y ofertas: sastrerías finas, cervecerías, restaurantes, librerías y papelerías, máquinas de escribir, servicios obstétricos, agencias aduanales, automóviles, estudios fotográficos, refacción de bicicletas.

Sobre todo de la generación «del Repertorio», varios hallaron un espacio propicio en dos revistas, en apariencia opuestas en sus propósitos y líneas de acción: *Renovación* y *Athenea*. A *Renovación* la puso en marcha a partir de 1911 el consorcio de Antonio Falcó y José María Zeledón³². Por el pensamiento de sus fundadores, fue una revista ácrata. El grupo editor estuvo tutelado por el español Anselmo Lorenzo, quien desde Barcelona no solo ejerció notable influencia entre los jóvenes costarricenses, sino que escribió en la revista y la codirigió durante una breve etapa con Zeledón; también hay que tener en cuenta el nombre de Antonio Zambrana, activo intelectual cubano que vivió largas temporadas en Costa Rica y ejerció influencia sobre algunos sectores de la intelectualidad costarricense³³. Lo esencial de los propósitos de la revista fue marcar distancia con los poderes públicos y la confirmación del tópico del progreso y la justicia sociales de los que se proponía hacerse eco. A modo de presentación Zeledón abre el número con su poema «Cartel»:

Sin dioses tutelares,
 sin guías, sin maestros,
 sin nada de lo que ata y esclaviza
 los humanos empeños,
 a pleno sol cantando
 al compás de las gaitas de los vientos,
 será nuestra labor libre y fecunda
 como es libre y fecundo el pensamiento
 que azota con sus alas
 los pórticos del cielo.
 Aquí van nuevas ansias;

³² También aparecen páginas de otro anarquista español, Ricardo Mella; en uno de sus números, Mella pone en entredicho varios aspectos de la deriva anarquista en aquellos años. Vid. *Renovación*, II, 38 (30 de julio de 1912).

³³ Una manual suyo de notable importancia que pudo ejercer influencia en los jóvenes escritores de entonces fue *Ideas de estética, literatura y elocuencia* (San José: Tipografía Nacional, 1896).

aquí los brotes nuevos
 que en las *renovaciones* de la vida
 triunfal del Universo,
 son señales... [subrayo, CFM].

Escribieron José María Zeledón, Carmen Lyra, Anastasio Alfaro, Omar Dengo, José Fabio Garnier, Rubén Coto, Claudio González Rucavado, Elías Jiménez Rojas, Joaquín García Monge, Solón Núñez, Francisco Soler y, desde el exterior, el mismo Anselmo Lorenzo. Como socios propietarios, Ricardo Falcó y José María Zeledón fundaron una *Sociedad de Agencias Editoriales*, mediante la que importaron obras de literatura, pensamiento, ciencia e historia, empresa que publicitan en las páginas de *Renovación*. Esa misma voluntad de difusión de la cultura y la literatura modernas llevó, en la segunda etapa de la revista a crear una Biblioteca Renovación, paralela a sus entregas periódicas, unos «cuadernos de 64 a 96 páginas de ciencia, arte y literatura. La dirige Ricardo Falcó. Su propósito es combatir la ignorancia y las mentiras convencionales». Hasta 1920 había aparecido veintiocho tomitos, y se prometía medio centenar más en preparación³⁴.

Athenea fue menos política y más literaria. Originada de los *Anales del Ateneo de Costa Rica*, tuvo entre su cuerpo de redacción a escritores claramente adscritos al modernismo literario costarricense: Justo A. Facio —casi el patriarca, entonces—, Rafael Cardona, Rogelio Sotela y José Albertazzi Avendaño. Una vez más, se da en Costa Rica el acercamiento material entre la figura del escritor (el creador), el gestor y el editor, papel que en el caso de *Athenea* lo asumió el poeta Rogelio Sotela (que solía firmar sus artículos y páginas editoriales como Eugenio de Triana). El modernismo ya campeaba a sus anchas en los espacios de *Páginas Ilustradas* y en *Pandemonium*, pero la índole de esas revistas tendió a la variedad de temas, propósitos y políticas editoriales. Desaparecida *Páginas Ilustradas* en 1912 y reinventada después de una pausa *Pandemonium* (1913-1915), en *Athenea* se reencuentran varias plumas a las que se sumarían otros jóvenes; al principio se definió como una revista de «ciencias y letras» —no en vano, era el órgano del Ateneo de Costa Rica—, pero ya a partir de 1919 se da como «revista literaria». En una primera etapa de su relativamente corta vida la auspició la Imprenta Nacional con sus servicios de

³⁴ Ciertamente, no todos eran autores costarricenses. Se editaron obras de Víctor Hugo, Voltaire, Proudhon, Renan, Zola, Kropotkine; en 1920 se tenían en prensa obras de Darwin, Dickens, Gorky, Ibsen, Maeterlinck, Baroja, Rousseau, Wilde, Pérez Galdós, Pi y Maragall, Ingenieros, Montalvo y Lugones. Entre los costarricenses están Francisco Soler y Napoleón [León] Pacheco. Imprimía la empresa de Falcó y Borrásé.

impresión, si los dueños de la revista compraran el papel, pero a partir de 1918 se rompe el convenio con la imprenta del Estado y *Athenea* se ve obligada a financiar toda su actividad por su cuenta, y empieza a trabar en forma directa con la Imprenta de Trejos Hermanos, hasta su cierre definitivo³⁵. Una vez más, es la élite la que se encarga de la gestión editorial de la revista; su primer director fue Justo A. Facio, y poco después lo acompañan en el comité de redacción Rogelio Sotela, José Albertazzi Avendaño y Rafael Cardona; todos de estirpe modernista; a partir de 1919 Sotela se encarga de la revista. Además de esos nombres, escribieron Julián Marchena, Agustín Luján, Fabio Baudrit, Tomás Povedano y Ricardo Fernández Guardia. Como en las otras tres revistas, para su subsistencia se vale de contratos de publicidad, aunque acotados a la cultura letrada, porque la mayor parte de sus anunciantes son librerías, talleres de imprenta y fotograbado: Trejos Hermanos, Librería La Expres, Imprenta y Librería Alsina, Librería e Imprenta Tormo, Librería Española, de María v. de Lines, además de alguna cervecería, zapatería o tienda de ropa.

Al examinar los índices de autores de las revistas aquí citadas, se observan tres fenómenos. El primero, que los escritores se arremangaron los brazos, dejaron por un momento pluma, tintero y escritorio, y se lanzaron a bregar en el ámbito más práctico de la producción editorial. Reiteremos: los propietarios de la empresa habían dejado en manos de los propios escritores (y otros artistas) la gestión de la revista. El escritor se convirtió en editor; en algunos casos en gerente ejecutivo (el ejemplo más notable es Joaquín García Monge). Un segundo aspecto es que una buena parte de aquellos escritores costarricenses de principios del siglo XX vio en la revista una plataforma de lanzamiento de su propia actividad intelectual literaria. Si bien guardando cierto cuidado desde un punto de vista sociológico, el estatus de escritor subió su valor, dada la secular tradición de la cultura letrada; el abogado, el médico, el biólogo o el ingeniero de obras civiles tuvieron su aura particular de reconocimiento social, pero al escritor siempre se le reconoció su agudeza intelectual, su inventiva, su dominio de los recursos expresivos; en suma, su buen saber y competencia. Con todo, la imagen del poeta pasó protegida por un aura de excelsitud, de distinción y hasta de atractivo. Fue todo un imaginario, creado y sustentado por la propia élite letrada. Durante los dos primeros decenios de aquel «siglo nuevo» esta élite escindida, pero en general unitaria sin mayores desencuentros, aprovechó el espacio editorial de las revistas, ayudó de modo directo a robustecerlo y con ello a afianzarse en su condición de grupo: los escritores nacionales. El tercer aspecto consistió en que la forma de

³⁵ Vid. «A nuestros lectores», en *Athenea*, XI, 7 (1 febrero 1818): 172 y «Athenea hace un esfuerzo» en *Athenea*, XI, 8 (1 marzo 1918): 190.

la consolidación de la obra de estos escritores (es decir, sus libros particulares: novelas, poemarios, obras teatrales y tomos de ensayos) se preparó en las páginas de las revistas. Con la excepción de dos o tres obras aparecidas antes de 1902 —año de la fundación de *Pandemonium*—, los más notorios escritores «del Olimpo» publicaron sus principales títulos durante aquellos dos primeros decenios del siglo XX —el período de las cuatro revistas— y en algunos casos después de esa etapa. También la generación «del Repertorio» se formó en las revistas y se consolidó con sus obras principales después de 1920.

Ideadas las revistas por intelectuales letrados, auspiciadas por capital privado —si bien con aportes públicos; es decir, del Estado— y organizadas por un grupo considerable e influyente de los propios sectores letrados (principalmente en su vis de escritores de creación), en ellas se puso en circulación lo que fue consolidándose como el primer canon de la literatura costarricense.

5. LA ALIANZA CON LOS TALLERES DE IMPRENTA

De suyo complejo, todo el proceso no pudo haberse puesto en marcha sin la participación más básica, inmediata y material: los talleres de imprenta. Durante los primeros veinte años del siglo XX, las relaciones entre la actividad literaria, la industria editorial y la disponibilidad de medios apropiados para ponerlas en marcha fue ejemplo de la industriosidad en varias facetas: la comercial (la actividad de impresión), la cultural (proyectos variados en torno a la cultura y a la nación) y la social (la aspiración de un sector de la sociedad por alcanzar un estatus dentro del capital simbólico).

Los estudios previos sobre el desarrollo de la industria de la impresión, sobre la actividad librera y sobre la historia de la lectura en Costa Rica, llevados a cabo por historiadores como Iván Molina Jiménez y Patricia Vega³⁶, señalan los diversos grados de incidencia que la comercialización y distribución de libros en Costa Rica tuvo en los modelos de cultura y en los proyectos de modernización de los saberes. A las nuevas oportunidades ofrecidas por las agencias de importación de libros se añadió la fundación de revistas y el paulatino incremento de talleres de imprenta que en forma armónica favorecieron las posibilidades de gestión cultivo de una cultura letrada nacional. La confluencia, durante el período señalado (1900-1920) de la actividad de un notable grupo

³⁶ Vid. Patricia Vega Jiménez, «Una aproximación a la historia de la lectura en Costa Rica: 1900-1939», *Reflexiones* LXXXV, 1-2 (2006): 267-286; Iván Molina Jiménez, «Comercio y producción de libros en Costa Rica: una periodización preliminar», *Revista del Archivo Nacional* LXXV, 1-12 (2011): 99-110.

de intelectuales (escritores), la aparición y desarrollo de al menos cuatro revistas culturales y el crecimiento de la industria de la impresión, no fue fortuito; al contrario: fue un proceso ordenado y coherente en el que cada sector entendió su papel, al compartirse intereses afines, aunque cada cual con propósitos distintos.

Desde finales del siglo XIX en la ciudad de San José se contaba con una variedad de talleres de imprenta. Sabemos de la estatal Imprenta Nacional (hasta poco antes Tipografía Nacional); junto a ella unas cuantas privadas, como las de Vicente Lines Borrás y de Alfredo Greñas³⁷. Lines se instaló en San José donde fundó en 1884 la Librería Española y un taller de artes gráficas; a su fallecimiento en 1897 continuó la tarea María Canalis Xaús bajo su nombre de casada, María v. de Lines, y la empresa adquirió notoriedad y amplia clientela. Entre 1898 y 1947 imprimió medio centenar de obras de literatura costarricense; entre ellas *Chamarasca*, de Carlos Gagini; *Versos y cuentos*, de Eduardo Calsamiglia; *Costa Rica Pintoresca*, de Manuel Argüello Mora; *La poesía de la historia*, de Antonio Zambrana; *Magdalena*, de Ricardo Fernández Guardia; *Teatro*, de José Fabio Garnier; sendas terceras ediciones de *Los cuentos de mi tía Panchita*, de Lyra y de *Concherías*, de Aquileo J. Echeverría; *El libro de la hermana*, de Rogelio Sotela; *Cuentos*, de Carlos Salazar Herrera³⁸. Además, entre 1904 y 1908 fue el taller impresor de *Páginas Ilustradas*, de la que luego se hizo cargo la Imprenta del Comercio.

Exiliado forzoso de Colombia, su país de origen, en 1892 Greñas recaló en Costa Rica y pronto se hizo de una imprenta a vapor que bajo su nombre desarrolló una notable labor en San José; poco después reunió suficiente capital para comprar el periódico *La Prensa Libre*, que imprimió en sus talleres, donde escribieron los jóvenes escritores Brenes Mesén, García Monge y Omar Dengo, de tanta influencia en la cultura letrada y política. Además, durante un período se encargó de imprimir *Pandemonium* y la *Colección Ariel*, de García Monge. De Barcelona en 1897 Avelino Alsina y Lloveras, quien había trabajado para una importante imprenta catalana. Durante un tiempo laboró contratado por la empresa

³⁷ Vale la pena señalar una iniciativa pionera, de fines del siglo XIX: la del empresario Antonio Font, quien desde su Librería Moderna editó la revista *La Nueva Literatura*, «revista bibliográfica», de distribución gratuita. Aquella empresa se anunciaba como «centro de suscripciones y taller de encuadernación». El capítulo de este tomo que ofrece el profesor Gabriel Baltodano, «Un Ribadeneyra para Costa Rica: precursores de la actividad editorial moderna», trata la gestión de esta revista.

³⁸ En el primer decenio del siglo XX, la empresa se había consolidado en el mercado; de ello queda constancia en su *Catálogo general de la Librería Española María v. de Lines* (San José: María v. de Lines, 1908). Un ejemplar se conserva en la *Sala de Libros Antiguos y Especiales*, de la Universidad Nacional (UNA, Costa Rica).

de Lines; al independizarse fundó en 1903 su Imprenta Alsina, que amplió como librería y papelería³⁹. Otros talleres de imprenta, relacionados también con la papelería y comercialización de artículos escolares y de oficina fueron brotando en San José; entre ellos, la Imprenta del Comercio y la de Falcó y Borrásé. Una de particular éxito empresarial desde aquellos tempranos años fue la Librería e Imprenta de Antonio Lehmann, que empezó sus labores en 1896; otra, la de Jaime Tormo, valenciano que llegó a Costa Rica a principios del siglo, y poco después una iniciativa de costarricenses, la Imprenta Trejos, desde 1916⁴⁰.

La empresa de Alsina es un caso singular. Los documentos disponibles —en especial el folleto *Empresa Alsina: monografía*, publicado en 1912⁴¹— y un análisis de Molina Jiménez, muestran que el crecimiento y éxito empresarial de Alsina fue sobresaliente, aun antes de que su propietario vendiera los derechos de explotación de su marca a William Murray ese mismo año. Solo el catálogo de obras literarias costarricenses que pasaron por sus prensas es sorprendente, si se compara con el conformado por otros talleres de imprenta contemporáneos. Atendidos a índices como la *Bibliografía selectiva de la literatura costarricense*, de Charles L. Kargleder y Warren H. Mory, o a la *Bibliografía de la literatura costarricense: 1890-1940*, de Álvaro Quesada Soto⁴², entre 1902 y 1934 Alsina imprimió cerca de noventa títulos, algunos con sello editorial; es decir, un promedio de casi tres obras literarias por año contratadas a su cargo. De aquellas prensas salieron los *Romances*, de Aquileo J. Echeverría, *Orquídeas*, *Añoranzas líricas* y *Desde los Andes*, de Lisímaco Chavarría, *En el silencio*, *Hacia nuevos umbrales* y *Las categorías literarias*, de Roberto Brenes Mesén, *Topacios*, de Rafael Ángel Troyo, *Esmaltes*, de Agustín Luján, *Zulay* y *Yontá*, de María Fernández de Tinoco, *Egoísmo*, de Claudio González Rucavado, *La mala sombra y otros sucesos*, de Joaquín García Monge, *La senda de Damasco* y *Valores literarios de Costa Rica*, de Rogelio Sotela, *Cuentos de mi tía Panchita* (segunda edición), de Carmen Lyra, *Cuentos viejos*, de María Leal de Noguera, *Sobre los estudios*

³⁹ Iván Molina Jiménez, «Al pie de la imprenta. La empresa Alsina y la cultura costarricense (1903-1914)», en *Avances de investigación* [Universidad de Costa Rica], 69 (1994).

⁴⁰ Para información más pormenorizada sobre el desarrollo de la actividad impresora en Costa Rica, conviene consultar, entre otros, los valiosos y variados estudios de Molina Jiménez; especialmente minucioso es su artículo «De las imprentas a las editoriales: el caso de Costa Rica (1906-1989)», art. cit.

⁴¹ Varios, *Empresa Alsina: monografía* (San José: Alsina, 1912), que su editor subtitula «Opiniones de distinguidas personalidades».

⁴² Charles L. Kargleder y Warren H. Mory, *Bibliografía selectiva de la literatura costarricense* (San José: Editorial Costa Rica, 1978); Álvaro Quesada Soto, *Bibliografía de la literatura costarricense (1890-1940)* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1995).

literarios, de Rafael Estrada, *Unos fantoches*, de Max Jiménez, *Oda a Costa Rica*, de Manuel González Zeledón. Ténganse en mente que Alsina también imprimió durante algunos períodos la revista *Pandemonium*, de la *Colección Ariel*, y de *El Convivio*, de García Monge. De otra etapa de *Colección Ariel* se encargó la imprenta Greñas, como también lo hizo Antonio Lehmann de las *Ediciones del Repertorio Americano* (o J. García Monge, editores).

Ni Alsina ni Lines fueron los únicos talleres. Otros también se ocuparon de la producción editorial durante los aquellos dos decenios aquí en estudio; entre ellos la Imprenta Nacional y las privadas de Falcó y Borrásé, la de Tormo, la de Antonio Lehmann y la sociedad Trejos Hermanos. La Imprenta Nacional hizo lo propio: la impresión de documentos, informes, o bien libros que directa o indirectamente tuviesen que ver con la gestión de gobierno. A veces los encargos rebasaban su capacidad material, por lo que el gobierno en varios casos tuvo que acudir a los talleres privados. No obstante, estimuló el apoyo a proyectos que de suyo tuvieron mucho de político. En las postrimerías del siglo XIX financió y publicó, como Tipografía Nacional, los dos tomos de la *Lira costarricense*, editada por Máximo Fernández⁴³. Otros ejemplos significativos serían el *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica* (1892), de Carlos Gagini, y su segunda y renovada versión como *Diccionario de costarriqueñismos* (1919); *Mis versos*, de Justo A. Facio; *Hojarasca*, de Ricardo Fernández Guardia; *Cuadros de costumbres*, de Manuel de Jesús Jiménez, la primera edición de las *Concherías*, de Aquileo J. Echeverría; *La epopeya de la cruz*, de José María Alfaro Cooper y *La evolución de la instrucción pública en Costa Rica*, de Luis Felipe González Flores⁴⁴. El formato del libro como tal se convirtió también en un asunto en que concurrieron factores de índole comercial y cultural; esto es: cómo combinar el valor intrínseco de las obras (literarias, históricas, científicas, pedagógicas) con su viabilidad comercial. En una entrega de mayo de 1908 de la revista *El Fígaro*, aparece una llamativa nota, «Importancia librera», que transcribimos aquí completa, al margen del guiño publicitario a la Sociedad Librera de Costa Rica Font: «Creen algunos que montar un establecimiento de librería es negocio que no requiere cierto grado de cultura en el empresario; pero no es así. Una librería reclama una especial competencia y

⁴³ Máximo Fernández, ed. *Lira costarricense* (San José: Tipografía Nacional, 1890/1891). Dos tomos. A esta antología le dedico el capítulo, de este mismo tomo, «Las primeras antologías literarias costarricenses».

⁴⁴ Vid. de Charles L. Kargleder y Warren H. Mory, eds. *Bibliografía de la literatura costarricense*, y de Álvaro Quesada Soto, ed. *Bibliografía de la literatura costarricense, 1890-1940* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1995).

un cuidado extremo en el empresario. Los pedidos de libros tienen que consultar las necesidades físicas y morales de un país, y su despacho no puede confiarse al capricho de un librero extranjero, siempre deseoso de darle salida en el exterior a todas esas obras de escaso mérito, en las cuales tiene comprometidos algunos reales. Los despachos, pues, que se hacen en Europa para la América, cuando se dejan a la elección de los libreros de allá, no pueden surtir buenos resultados, porque ellos despacharán lo viejo, lo inútil, lo que allá no tiene demanda, para enviarnoslo en calidad de producciones de última hora. De ahí que los establecimientos libreros inhábilmente manejados, estén atestados de obras sucias y que huelen hasta por encima de la pasta; de ahí que las obras de verdadero mérito, y que las producciones de interés industrial queden relegadas en un olvido lamentable. Pero esto no sucede donde Font y C^a porque esa empresa cuenta entre sus socios a muchos intelectuales cuidadosos, que viven revisando catálogos e indagando sobre asuntos bibliográficos, para pedir lo último, lo que conviene, lo que ilustra y enseña. Constantemente llegan remesas de obras suculentas y diariamente se venden a precios comedidos»⁴⁵.

En cuanto a las empresas de Antonio Lehmann y de los hermanos Trejos, también a sus talleres llegaron los originales de numerosas obras literarias que con el tiempo alcanzarían reconocimiento y renombre entre la élite letrada que a su vez escribía, leía y hacía crítica literaria⁴⁶. Lehmann se encargó de algunos números de *El Convivio* y de *Ediciones Sarmiento*, cuando la empresa estuvo asociada con otro librero recién llegado al país, Fritz Sauter. Desde entonces su catálogo se fue ampliando considerablemente; imprimió *Metafísica de la materia*, de Brenes Mesén, una edición aumentada de *La propia*, de González Zeledón, *Escritores y poetas de Costa Rica y Literatura costarricense*, de Rogelio Sotela, *El libro del héroe y Por el amor de Dios*, de Luis Dobles Segreda, *Apuntes de preceptiva literaria*, de Hernán Zamora Elizondo, hasta obras posteriores que marcarían nuevas etapas del canon literario nacional, como *Vida y dolores de Juan Varela*, de Adolfo Herrera García y *Alas en fuga*, de Julián Marchena⁴⁷.

⁴⁵ «Importancia librera», *El Fígaro* XI, 69 (1908): 15.

⁴⁶ El complejo y elusivo tema de la *endogamia* en el sistema literario habrá que analizarlo en su oportunidad. Una necesaria y cuidadosa exploración de este asunto seguramente arrojará datos que mostrarían relaciones significativas entre las élites letradas, el proyecto de nación y, con ese mismo, las manifestaciones de los discursos literarios congruentes con las ideologías predominantes en esa materia.

⁴⁷ Estas páginas acotan un período específico. Las imprentas y librerías Lehman y Trejos, a las que habrá que añadir su homóloga Universal (fundada en 1926 por otro inmigrante alemán, Carlos Federspiel), han continuado su labor hasta tiempos recientes y la cantidad de títulos de literatura

El listado y la gestión empresarial de Trejos Hermanos es no menos variada y notable⁴⁸. En su etapa inaugural, hacia 1918, publica una edición de *Poesías, concherías y epigramas*, de Aquileo J. Echeverría, a la que siguieron *El árbol enfermo* y *La caída del águila*, de Carlos Gagini, varias reediciones de las *Crónicas coloniales*, sendas reediciones de *Hojarasca* y de *Cuentos ticos*, de Ricardo Fernández Guardia, *Viajes sentimentales*, de Rafael Estrada, *Caña brava* e *Índice bibliográfico de Costa Rica*, de Luis Dobles Segreda, *Ensayos*, de Max Jiménez, *América libertada*, de Moisés Vincenzi, *El crimen de Alberto Lobo*, de Gonzalo Chacón Trejos, *Frutos caídos*, de Asdrúbal Villalobos, hasta unos relativamente tardíos títulos de José Marín Cañas: *Pueblo macho* (1937) y *Pedro Arnáez* (1942)⁴⁹.

Un recuento sumario pone de manifiesto que los mencionados talleres de imprentas, los proyectos iniciales de casas editoriales y los grupos de escritores costarricenses que publicaron entre 1900 y 1920, crearon un sistema de mercado notablemente eficiente, si bien afrontando dificultades de diversa índole, principalmente financieras. Los proyectos como la *Colección Ariel* y *El Convivio*, impulsadas por el empeñoso Joaquín García Monge, no podían subsistir solo con la venta de sus productos; se vio obligado a acudir a la generosidad de sus socios comerciales, a los propios dueños de las imprentas que le concedían prórrogas a sus créditos, o bien a grupos particulares que financiaron alguna de sus entregas. Al igual que para la subsistencia de las revistas, sus encargados buscaron fuentes de financiamiento alternativas a las suscripciones o a la publicidad comercial⁵⁰. El catálogo del sello J. García Monge («Ediciones del Repertorio

costarricense es, desde luego, casi innumerable hasta la actualidad, a las que se sumaron nuevos sellos editoriales como la Editorial Costa Rica, el Ministerio de Cultura, las editoriales de las universidades estatales.

⁴⁸ También me atengo a los datos extraídos del manual de Kargleder y Mory.

⁴⁹ Cabe señalar que José Francisco Trejos Quirós, uno de los socios, fundó y dirigió después (1919-1925), una nueva época de la *Revista de Costa Rica*, sucesora en muchos aspectos de las cuatro revistas analizadas en el presente estudio. Escribieron en ella varios «del Olimpo» (Fernández Guardia, Gagini, González Víquez, Ricardo Jiménez, Anastasio Alfaro, etc.), y otros más jóvenes (Claudio González Rucavado, Elías Leiva, Alejandro Alvarado Quirós, Miguel Obregón Lizano).

⁵⁰ A sus 39 años, a Joaquín García Monge se le tenía entonces como un maestro de escuela, autor de algunas breves novelas realistas y de interesantes páginas sobre cultura y política, que había emprendido una monumental operación periodística de largo aliento con la fundación en 1919 del *Repertorio Americano*, revista-periódico excepcionalmente longeva en Hispanoamérica (su última entrega se publicó en 1959); en forma simultánea creó varias series, de breve vigencia pero no menos influyentes en la actividad editorial de la época, como la «Colección Ariel» —de la que se ocupa el profesor Francisco Vargas Gómez, en este tomo—, las ediciones de «El Convivio», «Ediciones Sarmiento», las «Ediciones del Repertorio Americano» y algunos tomos fuera de serie

Americano»), si bien nutrido, también aceptó donaciones extraordinarias⁵¹. No pueden dejarse de lado algunos de los comentarios que se reunieron en el citado cuadernillo *Empresa Alsina: monografía*, de 1912, como el llamativo de García Monge: «A menudo me preguntan cómo he logrado sostener durante cinco años una revista de la índole de *Ariel*. Voy a decirlo en esta ocasión. Si *Ariel* ha seguido publicándose, en gran parte se debe al Sr. Alsina. Desde el primer año hasta el momento en que escribo estas líneas, hay siempre un saldo, como quien dice de dos o tres números de retraso. El señor Alsina, sin embargo, ha aguardado pacientemente. No creo que su noble conducta conmigo sea una excepción [...]. El Sr. Alsina no solo piensa en su negocio de impresor, sino también simpatiza con los empeños idealistas y les presta su valiosa ayuda»⁵². León Fernández Guardia, más escuetamente dijo del impresor catalán que «no solamente se reveló Alsina como artista sino como altruista. El *Magazín Costarricense* le debió la vida»⁵³.

Si bien las relaciones entre la actividad de la cultura letrada y los ámbitos del poder político efectivo suelen a veces ser difusas, incluso hipotéticas, hay indicios que ponen de manifiesto vínculos entre los sectores «de la cultura» y los comerciantes. Hubo quienes atisbaron posibilidades lucrativas en los proyectos de revistas, como cuando el nuevo propietario de la imprenta Alsina, William Murray, adquirió *Pandemonium* para su segunda época (1913-1915)⁵⁴. El último número del que se tiene noticia de aquella revista es el 149, de diciembre de 1915; algunos meses antes había fallecido Murray. Pero Alsina, como empresa, no desaparece con ello; en uno de sus últimos números sigue anunciándose en *Athenea*⁵⁵. Estos vínculos de reciprocidad, no limitados a la faceta comercial, fueron

que se publicaron bajo la denominada razón social «J. García Monge editor» (adscritos algunos a la «Biblioteca [o Ediciones] de Repertorio Americano»)

⁵¹ Un ejemplo es la publicación de *Cesarismo teocrático*, de Cornelio Hispano [Ismael López]; una nota editorial en su segunda página dice: «De este folleto se han tirado 5000 ejemplares para distribuirlos en Centro América y Colombia. Tal esfuerzo se debe a la colonia liberal colombiana residente en Costa Rica».

⁵² *Empresa Alsina*, ed. cit., p. 42.

⁵³ *Empresa Alsina*, ed. cit. p. 53.

⁵⁴ A pocos años de fundada *Pandemonium*, Arrillaga Roqué y Lomónaco, en una nota «Nueva etapa» se anuncia que se unen al periódico *El Noticiero* [que entonces dirigía Leonidas Briceño, CFM]. Vid. *Pandemonium*, II, 76, (1904): 1. Ya hemos señalado anteriormente que el proyecto original se cierra en 1905. Su segunda etapa tuvo otro propietario, otros directores y distinta orientación editorial, más concentrada en los acontecimientos políticos, incluidos los bélicos, de Europa. El número de diciembre de 1915 se abre con un retrato y una breve nota de Manuel Estrada Cabrera [«el señor Presidente» de la novela de Asturias] y un poema «a las fiestas minervalianas de 1915», celebradas en Guatemala, de Rubén Darío. Vid. *Pandemonium*, IV, 148 (1915): 590-592.

⁵⁵ Vid. *Athenea*, IV, 2 (1920).

habitualmente más bien estratégicos; en el número extraordinario del 1 de junio de 1903 *Pandemonium* hace una reseña, con fotografías del local, de su maquinaria y de su propietario, de la imprenta de Avelino Alsina⁵⁶. Algo similar hizo en 1906 *Páginas Ilustradas* en la que se le dedicó un generoso espacio a la Imprenta Nacional, en que refiere sus adelantos técnicos, su capacidad de absorber la demanda pública y privada, incluye numerosas fotografías de sus talleres, oficinas, personal y condiciones generales en que operaba; poco después también con la Imprenta El Comercio, a la que acudió una vez concluido su convenio con la primera⁵⁷.

6. CONCLUSIONES

La actividad editorial desarrollada durante los dos primeros decenios del siglo XX en Costa Rica fue un proceso que no fue, en sentido estricto, una consecuencia directa de una tradición. La cultura literaria inmediatamente anterior (desde 1870 aproximadamente) fue relativamente escasa y, por tanto, débil. La conciencia de un «siglo nuevo» quedó inserta en el imaginario social, pero también en las condiciones materiales y logísticas: un lento y complejo proceso de transformaciones económicas, políticas y sociales pusieron al país ante nuevos escenarios y nuevas acciones; ello propició un discurso: la importancia del progreso, de la modernización y de la civilización.

Una nueva generación de la cultura letrada costarricense, gestada al amparo del pensamiento y las prácticas de un segundo momento del Estado liberal, se instaló en los espacios del poder, porque en buena medida procedía de él o, al menos, guardaba relaciones de afinidad, de compromiso o de necesidad. Es, principalmente, el caso de la denominada generación «del Olimpo». Como una generación ligeramente más joven — conocida en nuestros días como la generación «del Repertorio» —, se formó un grupo relativamente amplio de intelectuales, escritores y artistas que se dieron por encargados de poner en marcha una cultura letrada acorde con el imaginario del progreso y la civilización. En ese ambiente de aspiraciones a nuevas etapas de progreso y modernidad concurren *tres factores*: uno, la idea de desarrollar, bajo condiciones más propicias, el ejercicio de la literatura como creación, como acto estético-discursivo; otro, el incremento de espacios para su difusión, mediante la actividad propiamente editorial y al amparo de los escasos espacios de la prensa escrita; y el tercero, el incremento de la industria de la imprenta, que

⁵⁶ Vid. «La Imprenta de Avelino Alsina», *Pandemonium*, número extraordinario del 1 de junio de 1903, p. 16.

⁵⁷ Vid. «La Imprenta Nacional», *Páginas Ilustradas*, III, 103 (1906): 1639-1646.

hacia finales del siglo XIX se asomaba más equipada tecnológicamente y con operarios mejor preparados.

Durante el período seleccionado para el estudio —1900-1920— los escritores costarricenses no asumen su actividad (el ejercicio concreto de la creación literaria) como una condición predeterminada; antes bien, participan directamente en todo el proceso del sistema literario: son *productores* (escriben sus obras), *agentes de promoción y de difusión* (forman parte de los equipos de gestión editorial o de comités de dirección de revistas de cultura, literatura y arte), *socios* a conveniencia de los propietarios de periódicos y revistas, incluso con propietarios de talleres de imprenta. La creación y desarrollo de las revistas de cultura —dedicadas a difundir el pensamiento moderno, el espíritu científico, junto a las manifestaciones de la literatura y el arte— solo fue posible en el medio costarricense mediante el consenso y la coparticipación: un proyecto editorial, un sector intelectual letrado y unos recursos materiales a los que acudir. Es decir, los tres componentes esenciales de la actividad editorial: escritores, medios de difusión (el periódico, la revista) y el proceso para su materialización y circulación (las imprentas y las librerías).

Constituidos cada uno de ellos en agentes del sistema literario, para poner en circulación la literatura costarricense, la ÍNDOLE de cada uno de ellos está bien delimitada. A la *élite letrada* la integran sectores de intelectuales y creadores de literatura, que formulan tesis, posiciones o interpretaciones de la realidad, que procuran publicar y adoptar el estatus de escritores; el libro, el poema, el artículo, el relato constituyen valores de uso, una «enseña» de prestigio social. La *revista*, como institución cultural, se plantea como un medio de difusión de las ideas de cultura, sociedad, nación, pero requiere recursos materiales para su subsistencia y vigencia. Además, en términos generales se rige por una política editorial que la justifica. La revista adopta dos misiones: o depende de los escritores o intelectuales que la «gobiernan», o bien actúa como benefactora de aquellos que aspiran a la publicación de sus obras. Los *impresores* o talleres de imprenta en lo esencial son empresas comerciales; es decir, con fines lucrativos, por lo que no manifiestan un proyecto específico en torno a la cultura (si bien lo no rechazan ni lo niegan). Su subsistencia no está sujeta a un proyecto cultural, sino a unas expectativas de mercado. No obstante ello, suelen darse contactos entre el proyecto comercial y el cultural, bajo la opción de intereses afines.

Los servicios —es decir, la actividad social— de cada uno de esos agentes también son diferenciables. La *élite letrada* produce conocimiento, pensamiento (opinión), creación de arte y literatura, proyectos de cultura, arte y letras. Las *revistas* difunden los «productos»

de la élite letrada, pero sustentadas en recursos financieros y materiales; es decir, cuenta su capacidad de subsistir con viabilidad financiera. No se excluye que sean fuente de opinión y de posiciones respecto a proyectos culturales o políticos. Los *impresores* se circunscribieron a los procesos de materialización de las acciones de escritores y medios de difusión, pero en tanto actividad directamente comercial, lucrativa, que salvaguardara su estabilidad como negocio.

Para su subsistencia —institucional y material— los proyectos editoriales de las revistas dependieron del subsidio, público o privado. Se combinaron tres fuentes: la suscripción, la publicidad comercial y la ayuda estatal. Ello no las libró de los apremios financieros, que en general afectaron su desarrollo, hasta su desaparición. No obstante ello, mediante esa suerte de consorcio entre creadores, editores e impresores, fue posible el estímulo a la creación literaria, a su difusión, incluso a su consolidación como *literatura costarricense*. Los debates iniciales (hacia 1900) sobre la índole de una literatura como manifestación de la identidad propia, constituyen solo una parte de un proceso más complejo y abarcador: la formulación de un mercado multidimensional de bienes simbólicos en el que unos y otros participantes ponen en juego sus cuotas y la índole de sus proyectos particulares.

Las revistas de cultura, literatura y arte, del período estudiado, fueron empresas con diferentes grados de lucro, orientadas al estímulo y sostenibilidad de un patrimonio culto en Costa Rica. Se asociaron a una élite letrada —es decir, a una minoría de la sociedad costarricense— que les sirvió de fuente y sostén en materia intelectual, procuraron su propia viabilidad financiera con la empresa privada (la publicidad comercial, en varios casos abundante y constante) y hallaron en los impresores posibilidades de asocio empresarial, por la reciprocidad de servicios (anuncios de los propios talleres de impresión, que también fueron librerías)⁵⁸.

Durante el primer cuarto del siglo XX, la élite letrada consiguió crear un sistema de prácticas de notable eficacia, para preservar su vigencia. Uno de los procedimientos, el fomentar cierta conciencia de grupo, una suerte de colectivo institucionalizado, mediante ateneos (Ateneo de Costa Rica), grupos de interés (el Centro de Estudios Germinal, de pensamiento anarquista), logias (la Logia Masónica de Costa Rica) o academias (la Academia Costarricense de la Lengua); el segundo, reconocerse alrededor de una revista (o

⁵⁸ De estas consideraciones se desprenden otros asuntos que habrá que tratar en futuros estudios, relacionados con esta época y con la actividad editorial: las expectativas de consumo literario, por parte de editores e impresores, el perfil del lector, la vigencia e influencia de ideologías literarias; en suma, los problemas de la recepción y el consumo literarios.

bien varias, en las que las mismas plumas escribían); el tercero, el ejercicio de actividades liberales que en no pocos casos permitieron el acceso al poder político, mediante servicios profesionales o cargos de gobierno. Esto la convirtió en un sector con prestigio, influyente y calificado; en suma, un referente de la alta cultura costarricense. Quienes hicieron de críticos literarios (con antologías, artículos, estudios de historia literaria, monografías) buscaron —y lo consiguieron— la formulación de un nuevo canon de las letras costarricenses, que desplazó casi en forma definitiva (para entonces) la corta y endeble tradición que había arrancado apenas a fines del siglo XIX. Este nuevo canon se fraguó en las revistas de cultura de los primeros dos decenios del siglo XX: en *Pandemonium*, en *Páginas Ilustradas*, en *Renovación* y en *Athenea*.

BIBLIOGRAFÍA CITADA⁵⁹

- Even-Zohar, Itamar, «Factores y dependencias en la cultura. Una revisión de la teoría de los polisistemas». En *Teoría de los polisistemas*, editado por Montserrat Iglesias Santos, 23-52. Madrid: Arco Libros, 1999.
- Kargleder, Charles y Warren H. Mory, eds. *Bibliografía selectiva de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica, 1978.
- Fumero, Patricia. *Teatro, público y Estado en San José*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1996.
- Molina, Iván. «Al pie de la imprenta. La empresa Alsina y la cultura costarricense: 1903-1914». *Avances de investigación* [Universidad de Costa Rica] 69 (1994).
- . *El que quiera divertirse: libros y sociedad en Costa Rica*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1995.
- . *Costarricense por dicha: identidad nacional y cambio cultural en Costa Rica*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 2002.
- . «Comercio y producción de libros en Costa Rica: una periodización preliminar». *Revista del Archivo Nacional* LXXV, 1-12 (2011): 99-110.
- . «De las imprentas a las editoriales: el caso de Costa Rica (1906-1989)». *Diálogos: revista electrónica de historia* XXII, 2 (2021).

⁵⁹ Por razones de método, no se incluyen las numerosas referencias a las revistas analizadas en el estudio.

- Molina, Iván y Steven Palmer. *Historia de Costa Rica*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1993.
- Morales, Gerardo. *Cultura oligárquica y nueva intelectualidad en Costa Rica*. Heredia: Editorial Universidad Nacional, 1993.
- Pérez Brignoli, Héctor. *Breve historia contemporánea de Costa Rica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Quesada Soto, Álvaro. *La formación de la narrativa nacional costarricense*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1986.
- , *La voz desgarrada: la crisis del discurso oligárquico y la narrativa costarricense*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1988.
- , «Identidad nacional y literatura nacional en Costa Rica: la generación del Olimpo». *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies* XVII, 34 (1992): 97-113.
- , ed. *Bibliografía de la literatura costarricense: 1890-1940*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1995.
- , *Breve historia de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica, 2008.
- Salazar, Jorge Mario. *Crisis liberal y Estado reformista*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, 1995.
- Salazar, Orlando. *El apogeo de la república liberal en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1990.
- Segura Montero, Alberto, ed. *La polémica: el nacionalismo en literatura*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 1995.
- Sotela, Rogelio, ed. *Valores literarios de Costa Rica*. San José: Imprenta Alsina, 1920.
- , ed. *Escritores y poetas de Costa Rica*. San José: Imprenta Lehmann, 1923.
- Vega Carballo, José Luis. *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense*. San José: Editorial Porvenir, 1983.
- Vega Jiménez, Patricia. «Una aproximación a la historia de la lectura en Costa Rica: 1900-1939». *Reflexiones* LXXXV, 1-2 (2006): 267-286.
- Zambrana, Antonio. *Ideas de estética, literatura y elocuencia*. San José: Tipografía Nacional, 1896.